

# Colección Ariel

n.º 2

## PRECIOS:

El número suelto . . . . . 10 cénts.  
La suscripción semestral . . . 50 »  
La suscripción anual . . . . . 1 colón  
El abono se hace adelantado

## BIBLIOTECA ECONÓMICA

que se publica mensualmente  
en folletos de 32 páginas

## CONTENIDO:

RUDYARD KIPLING (*con retrato*)

*Rikki-tikki-tavi*

WILLIAM JAMES

*La costumbre y sus leyes*

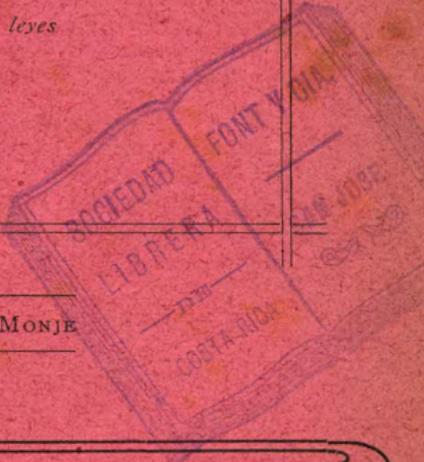
BUFFÓN

*Desvío*

Editor:—J. GARCÍA MONJE

San José, Costa Rica  
IMPRENTA DE AVELINO ALSINA  
1906

*J. García Monje*  
*#11.2*



## INDICACIONES

1.—Con los folletos mensuales de la Colección ARIEL, me propongo contribuir en algo á la difusión de la cultura general en todo el país.

2.—Haré publicaciones científicas y literarias que interesen especialmente á los niños y jóvenes de ambos sexos, á los maestros y obreros del campo y de la ciudad.

3.—En la literatura internacional antigua y moderna escogeré las páginas que más puedan influir en el ennoblecimiento y progreso de los suscritores de la *Colección*. A las vulgarizaciones científicas les daré toda la importancia que tienen.

4.—A fin de estimular la producción científica y literaria en el país, publicaré también escritos de autores nacionales, siempre que dichos escritos sean meritorios y de una evidente importancia para los suscritores.

5.—Los suscritores tienen derecho de indicar al Editor las mejoras que á su juicio deben hacerse á la *Biblioteca Ariel*, á fin de que sea más leída con gusto y provecho.

6.—La *Sociedad Librera de Font y Cía.* es el centro de venta de números sueltos. Los que deseen suscribirse, diríjase al Editor.

7.—El valor de cada tomito es de *10 céntimos* que se pagan á la presentación del ejemplar. Los suscritores lejanos pueden hacer el pago con estampillas de á *5 céntimos*. La suscripción semestral es de *50 céntimos* y la anual de *1 colón*. Se paga adelantada. El abono puede *hacerse directamente* al Editor ó á las personas encargadas del reparto de los ejemplares. El recibo de abono se da en la cubierta de la *Colección*, como puede verse en este segundo número.

8.—A las personas que aun no hayan abonado los números 1 y 2, las invito para que se suscriban, por adelantado, un semestre, por ejemplo. Es lo más cómodo para ellas y para mí.

9.—La edición de 800 ejemplares del número 1 se agotó por completo. Como 100 personas lo han solicitado á última hora, y no ha sido posible

# COLECCIÓN ARIEL

Nº 2

## ✓ RUDYARD KIPLING

(Rudyard Kipling nació en Bombay (1) en 1865, se educó en Inglaterra y á los 17 años regresó á la India, dedicándose al periodismo. En 1889 visitó de nuevo las Islas Británicas; estuvo en el Japón y en la América del Norte, sin encontrar allí editor para sus obras. Establecióse en Londres en ese mismo año y á poco era un escritor célebre y popular: los editores lo asediaban y tuvo entonces ofertas hasta de un chelín por cada palabra de las narraciones que escribiera. Ha viajado mucho por Africa y Oceanía y en la actualidad es, sin disputa, uno de los autores predilectos de ingleses y franceses. El cuento que reproducimos forma parte de «The Jungle Book» (El libro de las Tierras



Virgenes). Kipling ama la naturaleza y la comprende; sus escritos tienen una vida y una intensidad admirables y la lectura de ellos educa la voluntad, elevando al propio tiempo el espíritu, que vibra con frecuencia cuando el insigne cuentista y poeta nos muestra virilmente lo que valen el orgullo y la convicción de la fuerza propia, primeros elementos propulsores de toda individualidad consciente. Se le reprocha mucho su ardiente imperialismo (2).— G. V.)

Virgenes). Kipling ama la naturaleza y la comprende; sus escritos tienen una vida y una intensidad admirables y la lectura de ellos educa la voluntad, elevando al propio tiempo el espíritu, que vibra con frecuencia cuando el insigne cuentista y poeta nos muestra virilmente lo que valen el orgullo y la convicción de la fuerza propia, primeros elementos propulsores de toda individualidad consciente. Se le reprocha mucho su ardiente imperialismo (2).— G. V.)

### Rikki-tikki-tavi

Esta es la historia de la gran guerra que Rikki-tikki-tavi sostuvo, con su sólo esfuerzo, en los cuartos de baño de la gran *bungalow* (3), en el acantonamiento militar de Segowlee. Ayudólo

(1) La ciudad más culta del Indostán ó India Inglesa, al Sur del Asia.

(2) Reprochar á Kipling su imperialismo es reprocharle su deseo de que Inglaterra extienda más y más sus dominios en el mundo.

(3) Casa de campo en las Indias inglesas.

Darzee, el pájaro tejedor, y Chuchundra, el almizclero, que no anda nunca por en medio del piso, sino que se arrastra arrimado á las paredes, fué quien la aconsejó; más Rikki-tikki llevó todo el peso de la lucha.

Era una mangusta, muy parecida á un diminuto gato en la piel y en la cola; pero mucho más semejante á una comadreja por la cabeza y por las costumbres.

Los ojos y el extremo de su inquieto hocico teníanlos de color de rosa; podía rascarse donde se le antojara con cualquiera de sus patas que quisiera usar, fueran las anteriores ó las posteriores; sabía enderezar la cola poniéndola de modo que pareciera un escobillón, y su grito de guerra mientras se deslizaba por la yerba era: *Rikk-tikk-tikki-tikki-tchik*.

Un día, una de las grandes avenidas del verano llevósela de la madriguera en que vivía con sus padres, y la arrastró, pateando y cloqueando como una gallina, hasta una zanja abierta al borde de un camino. Encontró allí un hacecillo de yerbas que flotaba en el agua y se cogió á él, permaneciendo así hasta que perdió el sentido. Al volver en sí estaba echada al sol en mitad de uno de los caminitos de un jardín, muy mal cuidado, por cierto, y un niño decía junto á ella:

—Aquí hay una mangusta muerta. Vamos á enterrarla.

—No, dijo su madre. Vamos á llevarla adentro para secarla. Tal vez no esté muerta aún.

Lleváronla á la casa, donde un hombre grueso la cogió con el pulgar y el índice, y dijo que no estaba muerta, sino medio ahogada, por lo cual la envolvieron en algodón, la calentaron, y ella entonces abrió los ojos y estornudó.

—Ahora, dijo el hombre grueso (un inglés que acababa de mudarse á la *bungalow*) no la asustéis, para que no se escape, y luego veremos lo que hacemos con ella.

Asustar á una mangusta es la cosa más difícil de este mundo, porque, desde la cabeza hasta la cola, se la come viva la curiosidad.

El lema de toda la familia de mangustas es «corre y busca», y Rikki-tikki hacía honor á su familia. Miró el algodón, juzgó que no servía para comestible, correteó por la mesa, sentóse, se alisó la piel, rascóse, y, de un salto, se colocó en el hombro del niño.

—No tengas miedo, Teddy, le dijo su padre. Eso es que quiere hacerse amiga tuya.

—¡Ay! me hace cosquillas en la barba, exclamó Teddy.

Rikki-tikki curioseó un poco por el cuello del niño mirando hacia dentro, le olió una oreja, y saltó al suelo restregándose el hocico.

—¡Jesús! ¿Y eso es un animal salvaje? dijo la madre de Teddy. Debe de ser tan manso porque ve que lo tratamos bien.

—Todas las mangustas son así, contestó el marido. Si á Teddy no se le ocurre cogerla por la cola ó probar de enjaularla, entrará y saldrá de la casa todo el día como si tal cosa. Vamos á darle algo que comer.

Diéronle un pedacito de carne cruda, que á Rikki-tikki le gustó muchísimo, y, cuando lo hubo comido, fuese á la galería de la casa, se sentó al sol y erizó todos los pelos de su piel para que se secaran hasta la raíz. Y hecho esto, sintióse mejor.

—Hay en esta casa más cosas que descubrir, se dijo, que cuantas pudiera hallar toda mi familia en su vida. Yo aquí me quedo, para irlo inspeccionando todo.

El día entero lo pasó dando vueltas por la casa. En poco estuvo que no se ahogara en las bañeras; metió en la tinta el hocico, sobre la mesa de escribir, y se lo chamuscó luego con la punta del cigarro que fumaba el hombre grueso, porque se le ocurrió subírsele á la rodilla con la intención de ver lo que era escribir. Al anoecer fuese al cuarto de Teddy para observar como se encendían las lámparas, y, cuando el niño se acostó, Rikki-tikki encaramóse también en su cama; pero era un compañero que no podía estarse nunca quieto, porque á cada ruido se ponía alerta y no paraba

hasta averiguar lo que lo había producido. A última hora entraron en el cuarto los padres de Teddy para ver á su hijo, y allí estaba Rikki-tikki despierto y puesto sobre la almohada.

—No me gusta eso, dijo la madre: podría morder á la pobre criatura.

—No lo hará, contestó el padre. Más seguro está Teddy con esa fierecilla al lado que si estuviera un perro de presa vigilándolo. Si entrara ahora en el cuarto alguna serpiente...

Pero la madre de Teddy no quería ni pensar en tan horrible cosa.

A las primeras horas de la mañana siguiente Rikki-tikki fuese á almorzar á la galería yendo colocada sobre el hombro del niño; comió allí plátano y huevo pasado por agua, y púsose sucesivamente sobre las rodillas de todos, porque no hay mangusta bien educada que no sienta siempre la esperanza de llegar á convertirse algún día en animal doméstico, teniendo á su disposición salas en que corretear, y, además, la madre de Rikki-tikki (que había vivido en la casa del General, en Segowlee), tuvo buen cuidado de enseñarle lo que había de hacer si algún día se hallaba entre hombres blancos.

Luego fuese Rikki-tikki al jardín para ver cuanto hubiera en él digno de ser visto. Era el jardín vasto, á medio cultivar, con espesos rosales de los llamados «Mariscal Niel», grandes como glorietas; naranjos y limeros; grupos de bambúes y montones de yerba alta. Rikki-Tikki se relamió de gusto.

—Esto es un magnífico cazadero, se dijo, y la cola se le puso, hacia la punta, como un escobillón, con solo pensarlo. Comenzó luego á correr de un extremo á otro, husmeando aquí y allá, hasta que oyó plañideras voces dentro de un espino.

Los que las producían eran Darzee, el pájaro tejedor, y su esposa. Habían construido un nido precioso con sólo juntar dos grandes hojas, coser los bordes con fibras y llenar el hueco con algodón y pelusa, blanda como pluma finísima. El

nido se balanceaba. mientras ellos estaban sobre el borde lamentándose.

—¿Qué ocurre? preguntó Rikki-tikki.

—Estamos inconsolables, dijo Darzee. Uno de nuestros cuatro pequeñuelos se cayó ayer del nido, y Nag se lo comió.

—¡Ah! Triste caso es éste, contestó Rikki-tikki... Pero yo soy aquí forastera. Decidme: ¿quién es Nag?

En vez de contestar, Darzee y su esposa desaparecieron metiéndose en el nido, porque de la espesa yerba que crecía al pie del arbusto salió sordo silbido... algo horrible, frío, que hizo saltar hacia atrás á Rikki-tikki, á medio metro de distancia. Entonces fueron saliendo de la yerba, por pulgadas, la erguida cabeza y la extendida capucha de Nag, la gruesa cobra negra, y su longitud era de un metro y medio desde la lengua hasta la cola. Cuando hubo levantado del suelo una tercera parte de su cuerpo se quedó balanceándose, ni más ni menos que como se balancea en el aire un corimbo de *dientes de león*, (1) y miró á Rikki-tikki con aquellos ojos malvados de las serpientes, que nunca cambian de expresión, sea lo que fuere lo que la serpiente piense.

—¿Quién es Nag? dijo. Soy yo. El gran Dios Brahma (2) puso sobre nuestra gente un sello cuando la primera cobra extendió su capucha para que el sol no tocara á Brahma mientras dormía. ¡Mírame y tiembra!

Ensanchó entonces más que nunca su capuchón y Rikki-tikki vió detrás de él una señal como de unos espejuelos. Tuvo miedo por un instante; pero es imposible que á una mangusta le duren los sustos mucho más, y, por otra parte, aunque Rikki-tikki no había visto nunca una cobra viva, su madre la había alimentado con cobras muertas, y

---

(1) *Diente de león*.—Nombre de una flor que se agrupa formando ciertos ramilletes que se llaman corimbos.

(2) *Brahma*.—Entre los dioses de la India, Brahma es el creador del mundo. Es la primera persona de la Trinidad india con Vishnu y Siva. El sello de que se habla aquí es una mancha parecida á unos anteojos que las cobras llevan en la capucha.

sabía perfectamente que la misión de una mangusta grande en este mundo es pelearse con serpientes y comérselas. También Nag estaba enterada de esto, y, en el fondo de su helado corazón, no era menor el miedo que sentía.

—¡Bueno! dijo Rikki-tikki (y su cola empezó á erizarse de nuevo): tanto si tienes esas señales como si no ¿crees tú que está bien el comerse á los pajarillos que se caen del nido?

Nag parecía pensativa y observaba el menor movimiento que se produjera en la yerba detrás de Rikki-tikki. Comprendía que el haber mangustas en aquel jardín significaba la muerte más ó menos próxima para ella y para su familia; pero deseaba coger á Rikki-tikki descuidada y no en guardia como estaba ahora. Así bajó un poco la cabeza y la echó hacia un lado.

—Hablemos, dijo. Tú comes huevos; pues bien: ¿por qué no he de comer yo pájaros?

—¡Mira hacia atrás! ¡Mira hacia atrás! cantó entonces Darzee.

Era Rikki-tikki demasiado lista para perder tiempo mirando. Pegó un brinco en el aire, tan alto como le fué posible, y precisamente en aquel momento pasó por debajo de ella, silbando, la cabeza de Nagaina, la malvada esposa de Nag. Habíase deslizado detrás de la mangusta, mientras estaba ésta hablando con intención de matarla, y Rikki-tikki oyó su rabioso silbido por haber errado el golpe. Saltó ésta casi atravesada, sobre su espalda, y, si hubiera sido una mangusta vieja, habría comprendido que aquel era el momento de partirle el espinazo de una sola dentellada; pero tuvo miedo del terrible latigazo que con la cola daba la cobra. Mordió, eso sí, pero no hizo durar bastante el mordisco, y saltó fuera del alcance de aquella cola, dejando á Nagaina herida y furiosa.

—¡Darzee! ¡Malo! ¡Malvado! dijo Nag, azotando el aire, á tanta altura como le fué posible, en dirección del nido que había en el espino; pero Darzee lo había construído fuera del alcance de las serpientes, y así no hizo más que balancearse.

Rikki-tikki sintió que los ojos le ardían y se le inyectaban de sangre (señal de ira en las mangustas), y se sentó sobre la cola y las patas traseras como un diminuto kanguro (1), mirando en torno suyo y rechinando los dientes con rabia. Torno Nag y Nagaina habían desaparecido ya entre la yerba. Cuando una serpiente yerra el golpe enmudece de momento y no da señal alguna de lo que piensa hacer después. Rikki-tikki no sintió el menor deseo de seguir á aquéllas, porque no estaba muy segura de que pudiera batirse con dos serpientes á la vez. Así, fuese hacia el caminillo enarenado, cerca de la casa, y sentóse allí para pensar. El asunto era para ella de excepcional importancia.

Si leéis antiguos libros de Historia Natural hallaréis en ellos escrito que cuando una mangusta se bate con una serpiente y es mordida por ésta, vase corriendo y come una yerba que la cura. No es cierto. La victoria estriba únicamente en la rapidez de mirada y de movimiento (á cada golpe de la serpiente un salto de la mangusta), y como no hay ojo que pueda seguir el moverse de la cabeza de una serpiente al atacar, de ahí que las cosas ocurran de un modo mucho más maravilloso que si interviniera en ellas ninguna yerba mágica. Rikki-tikki era joven, y esto le hacía alegrarse aún mucho más al pensar que había logrado evitar un golpe dirigido por la espalda. Dióle ello confianza en sí misma, y, cuando Teddy vino corriendo por el caminillo, estaba ya Rikki-tikki en disposición de que la acariciarán.

Pero, precisamente en el momento en que Teddy se agachaba, hubo algo que se movió un poco entre el polvo, y una débil voz dijo:

—¡Cuidado! Yo soy la Muerte.

Era Karait, la minúscula serpiente de color de

---

(1) Animal australiano, de 3 mts. de largo; lleva, como los zorros pelones, una bolsa sobre el vientre en la cual coloca á sus pequeñuelos de 3 ctms. de altura. Las patas posteriores son desproporcionadamente más largas que las anteriores y por eso los kanguros andan á grandes saltos, algo parecido á los brincos del conejo. Su enorme cola les sirve de apoyo en su carrera.

tierra, que gusta de echarse entre el polvo, y cuya mordedura es mortífera como la de la cobra. Pero es tan pequeña que nadie piensa en ella, y así resulta mucho más dañina.

Los ojos de Rikki-tikki se inyectaron de nuevo, y dirigióse, como bailando, hacia Karait, con aquel balanceo extraño y aquella ondulante marcha que había heredado de su familia. Ofrece el más raro aspecto; pero está tan perfectamente medida y equilibrada aquella marcha, que desde cualquier ángulo de la misma puede salirse disparado cuando se quiere, y es una ventaja para habérselas con una serpiente. No sabía Rikki-tikki que se había metido en empresa mucho más peligrosa que la de batirse con Nag, porque Karait es tan pequeña y puede revolverse con tanta facilidad que, como Rikki no acertara á morderla precisamente detrás de la cabeza, recibiría ella la picada sobre un ojo ó un labio. Rikki, ignorando esto, tenía los ojos como ascuas, y se balanceaba de atrás hacia adelante, buscando con la mirada un buen sitio donde hacer presa. Karait atacó de pronto. Saltó de lado Rikki y trató de lanzarse sobre ella; pero la mal intencionada cabeza, gris y polvorienta, embistió, tocándole casi el hombro, y entonces vióse obligada á saltar por encima del cuerpo, mientras la cabeza seguía muy de cerca sus patas.

Teddy gritó á la gente de la casa:

—¡Mirad, mirad! Nuestra mangusta está matando una serpiente.

Rikki-tikki oyó un grito de la madre de Teddy, y el padre salió provisto de un bastón; pero durante el tiempo que tardó en llegar, Karait había dado una embestida poco prudente, y Rikki-tikki saltó; arrojóse sobre la espalda de la serpiente; bajó la cabeza cuanto pudo entre las patas delanteras; hincó los dientes, lo más alto posible, en la espalda, y cayó rodando á alguna distancia. Aquel mordisco había dejado completamente inmóvil á Karait, y Rikki-tikki se preparaba ya á devorarla, empezando por la cola, según costumbre de la familia á la hora de comida, cuando se

acordó de que lo que hace á una mangusta sentirse algo pesada es comer en abundancia, y que para conservar toda su fuerza y agilidad necesitaba estar flaca.

Fuese, pues, á tomar un baño de polvo á la sombra de unas matas de ricino (higuerilla) mientras el padre de Teddy golpeaba á la muerta Karait.

—¿De qué sirve eso? pensó Rikki-tikki. Yo lo he dejado ya todo listo.

Entonces, la madre de Teddy la levantó del polvo, acariciándola y diciendo que había salvado la vida de su hijo; el padre calificó todo aquello de providencial, y Teddy mismo miraba la escena con grandes y espantados ojos. Mucho le divertía eso á Rikki-tikki, y, por supuesto, no entendía una palabra. La mamá de Teddy podía haberla acariciado lo mismo por haberla visto jugar en el polvo: para ella hubiera sido igual. Rikki-tikki se regodeaba, en aquel momento, de lo lindo.

Al anoecer, á la hora de la comida, mientras caminaba por entre las copas de vino que había en la mesa, hubiera podido atiborrarse á su gusto, tres veces más de lo que necesitaba, comiendo muy buenas cosas, pero se acordó de Nag y de Nagaina, y aunque fuera muy agradable el verse halagada y acariciada por la madre de Teddy, ó ponerse en el hombro de éste, los ojos se le inyectaban de cuando en cuando, y lanzaba su largo grito de guerra: ¡*Rikk-tikk-tikki-tikki-tchik!*

Llevóse la Teddy á su cama y se empeñó en que durmiera debajo de su barba. Era Rikki-tikki hartamente educada para morderle ó arañarle; pero, en cuanto Teddy hubo conciliado el sueño, marchóse ella á dar su acostumbrado paseo alrededor de la casa, y en la obscuridad tropezó con Chuchundra, el almizclero, que se arrastraba junto á una pared. Es Chuchundra un animalito que vive desconsolado. Lloro y se queja durante toda la noche intentando atreverse á correr por el centro de las habitaciones; pero nunca logra llegar hasta allí.

—No me mates, dijo Chuchundra, casi sollozando, Rikki-tikki, no me mates.

—¿Te figuras tú que el que mata serpientes mata almizcleros? preguntó Rikki-tikki desdeñosamente.

—Los que matan serpientes serán muertos también por ellas, observó Chuchundra con aire más triste que nunca. ¿Y cómo he de tener yo la seguridad de que Nag no se equivocará alguna noche oscura confundién dome contigo?

—No hay cuidado, ni remotamente, de que ocurra, contestó Rikki-tikki. Pero Nag está en el jardín, y yo sé que tú no te asomas por allí.

—Mi prima Chua, la rata, me habló... dijo Chuchundra, y de pronto se quedó callado.

—¿Te habló de qué?

—¡Chito! Nag está en todas partes, Rikki-tikki. Tú debías haber hablado con Chua, allá en el jardín.

—Pues no lo hice... y por lo tanto eres tú quien va á hablar ahora. ¡Pronto, Chuchundra, ó te muerdo!

Sentóse Chuchundra y se puso á llorar de tal modo que las lágrimas le corrían por los bigotes.

—Soy un pobre desgraciado, exclamó sollozando. Jamás tuve la fortaleza de espíritu necesaria para correr por el centro de una sala. ¡Chito! Nada debo decirte. ¿No oyes, Rikki-tikki?

Púsose éste á escuchar entonces. La casa estaba completamente tranquila; pero le pareció que oía un *rac-rac* suavísimo, muy apagado (un ruido como el que causa una avispa caminando por el cristal de una ventana), el seco rumor que produce una serpiente al rozar sobre ladrillos.

—Esto es Nag ó Nagaina, pensó, que se introducen en la compuerta del baño. Tienes razón, Chuchundra,—dijo: debía haber hablado con Chua.

Fuese, deslizándose silenciosamente, al cuarto de baño de Teddy, pero como nada vió allí, dirigióse al de la madre del niño. En la parte baja de una de las paredes de estuco (3) había un la-

---

(1) *Pared de estuco.*—Pared con un repello de mezcla.

drillo levantado para que sirviera de compuerta por donde penetrara el agua del baño, y cuando Rikki-tikki entró, pasando por la orilla de los bordillos de cal y canto sobre los cuales está el baño, oyó á Nag y á Nagaina que hablaban muy bajo en la puerta de afuera, á la luz de la luna.

—Cuando la casa esté vacía, dijo Nagaina á su marido, *ella* se verá precisada á marcharse, y entonces el jardín volverá á ser nuestro. Entra sin hacer ruido, y acuérdate de que el primero á quien hay que morder es al hombre que mató á Karait. Luego sal, ven á decírmelo, y juntos daremos caza á Rikki-tikki.

—Pero ¿estás segura de que ganaremos algo matando á la gente? preguntó Nag.

—Lo ganaremos todo. Cuando no había nadie en la *bungalow* ¿teníamos, acaso, alguna mangusta en el jardín? Mientras la *bungalow* esté deshabitada nosotros seremos aquí el rey y la reina; y acuérdate de que en cuanto los huevos que hemos puesto en el melonar se rompan y nazcan nuestros pequeñuelos (cosa que podría ocurrir mañana mismo), necesitaremos más espacio y mayor tranquilidad.

—No se me había ocurrido eso, dijo Nag. Iré; pero no es preciso que demos caza á Rikki-tikki. Mataré al hombre grueso y á su mujer, y hasta al niño si puedo, después de lo cual me iré tranquilamente. Entonces, como quedará vacía la *bungalow*, Rikki-tikki se marchará.

Rikki-tikki se estremeció toda ella de coraje y odio al oír esto, y en aquel momento apareció por la compuerta la cabeza de Nag, y, á continuación, el helado cuerpo de metro y medio de largo. Rabiosa y todo como estaba, sintió Rikki-tikki profundo miedo al ver el gran tamaño de la cobra. Nag se enroscó en espiral, levantó la cabeza y miró al cuarto de baño en medio de la oscuridad, en la cual Rikki pudo ver como brillaban sus ojos.

—Ahora, si la mato aquí, Nagaina lo sabrá, y si la ataco en campo abierto, en mitad del suelo del cuarto, todas las probabilidades están en su favor. ¿Qué haré? díjose Rikki-tikki-tavi.

Balanceóse Nag, luego oyóla Rikki-tikki beber en la jarra más grande que servía para llenar el baño.

—Está bien, dijo la serpiente. Ahora, veamos: cuando mataron á Karait, el hombre grueso llevaba un bastón. Es posible que lo tenga aún; pero cuando venga á bañarse por la mañana, no lo llevará. Estaré esperando aquí hasta que entre. ¿Oyes, Nagaina? Esperaré aquí, al fresco, hasta que sea de día.

Nada contestaron desde fuera, y, por lo tanto, Rikki-tikki comprendió que Nagaina se había marchado. Nag enroscó sus anillos, uno á uno, alrededor del fondo de la jarra, y Rikki-tikki quedóse quieta como una muerta. Al cabo de una hora comenzó á moverse, músculo por músculo, en dirección de la jarra. Nag dormía, y Rikki-tikki contempló su ancha espalda, pensando en cual sería el mejor sitio para pegarle un buen mordisco.

—Si no le rompo el espinazo al primer salto, díjose Rikki, podrá aún batirse, y si se bate... ¡ay, Rikki!

Fijóse en la parte más gruesa del cuello, bajo la capucha; pero era aquello demasiado ancho para él; y en cuanto á una dentellada cerca de la cola, no serviría más que para enfurecer á Nag.

—Es preciso atacar á la cabeza, dijo por fin; á la cabeza, por encima de la capucha, y, una vez que haya hincado allí el diente, no he de soltar la presa.

Entonces saltó sobre la cobra. Tenía ésta la mandíbula inferior apoyada en el suelo, un poco apartada de la jarra, bajo la curva que formaba el vientre de ésta, y, en cuanto clavó los dientes, Rikki pegó el cuerpo al rojo recipiente de tierra para mejor sostener contra el suelo aquella cabeza. Dióle esto un momento de ventaja, que ella empleó tan bien como le fué posible. Luego vióse sacudida de un lado á otro como ratón cogido por un perro... de aquí para allá, de arriba abajo, y dando vueltas, describiendo grandes círculos; pero sus ojos estaban completamente inyectados de

sangre, y no soltó la presa, aunque el cuerpo de la serpiente azotara el suelo como un látigo de carretero, tirando un pote de hojalata, la jabonera y un cepillo para friccionar la piel, y aunque la golpeará contra las paredes metálicas del baño. Rikki, al aguantarse firme, apretaba cada vez más, porque estaba segurísima de recibir algún golpe que acabara con ella, y por el honor de la familia deseaba que la hallaran, al menos, así, con los dientes bien apretados. Mareada, con todo el cuerpo adolorido, parecíale que estaban ya descuartizándola, cuando, de pronto, estalló algo muy semejante á un trueno, precisamente detrás de ella, y un aire caliente la hizo rodar sin sentido, mientras un fuego muy rojo le quemaba la piel. Con el ruido anterior habíase despertado el hombre grueso, yendo á disparar los dos cañones de una escopeta de caza precisamente detrás de la capucha de Nag.

Rikki-tikki continuó sin soltar su presa; pero con los ojos cerrados, porque estaba completamente convencida de haber quedado muerta. Sin embargo, la cabeza no se movía, y entonces el el hombre grueso cogió al animalito y dijo:

—Alicia, mira... nuestra mangusta... La pobrecita nos ha salvado ahora la vida á nosotros.

Entró entonces la madre de Teddy, muy pálida, y vió los restos de Nag, mientras Rikki-tikki se arrastraba hasta el cuarto del niño, y acababa de pasar la noche mitad descansando y mitad sacudiéndose suavemente, para ver si en realidad, estaba ó no rota en cincuenta pedazos, como se había imaginado.

Al llegar la mañana apenas podía moverse; pero se sentía satisfecha de lo que había hecho.

—Ahora me falta todavía arreglar cuentas con Nagaina, y ella será aún peor que cinco Nags juntas. Y no hay que decir lo que sucederá al empezar á romperse los huevos de que habló. ¡Santos cielos! No tengo más remedio que ir á hablar con Darzee, se dijo.

Sin esperar á que llegara la hora del almuerzo, corrió Rikki-tikki hacia el espino donde se

hallaba Darzee cantando á voz en cuello una canción triunfal. La noticia de la muerte de Nag habíase extendido ya por todo el jardín, porque el hombre que barría la casa había arrojado el cuerpo al estercolero.

—¡Imbécil montón de plumas! dijo Rikki-tikki incomodada. ¿Esta es hora de cantar?

—¡Nag ha muerto!... ¡Nag ha muerto!... ¡Nag ha muerto!... cantó Darzee. ¡La valiente Rikki-tikki le clavó los dientes en la cabeza y no soltó la presa! ¡El hombre grueso trajo aquel palo que produce tanto estruendo, y Nag cayó hecha pedazos! No volverá ya á comérseme mis pequeños.

—Verdad es todo eso; pero ¿dónde está Nagaina? contestó Rikki-tikki mirando cuidadosamente en torno suyo.

—Nagaina fué á la compuerta del cuarto de baño y llamó á Nag, siguió diciendo Darzee, y Nag salió puesta en el extremo de un bastón... porque el hombre que barre la recogió de ese modo, y la echó al estercolero. Cantemos á la grande Rikki-tikki de ojos de color de sangre. Y Darzee hinchó el cuello y cantó.

—¡Si pudiera llegar á ese nido tuyo te echaba abajo á todos tus chiquillos! dijo Rikki-tikki. No sabes hacer las cosas con oportunidad ni discreción. Tú estás muy seguro en tu nido; pero yo aquí, abajo, soy quien paso las cosas. Deja de cantar por un momento, Darzee.

—Por complacer á la grande, á la hermosa Rikki-tikki, pararé de cantar, dijo Darzee. ¿Qué hay, matadora de la terrible Nag?

—Por tercera vez: ¿dónde está Nagaina?

—Entre el estiércol del establo, llorando la muerte de Nag. ¡Grande es Rikki-tikki, la de los blancos dientes!

—¡Véte á paseo, y deja tranquilos á mis blancos dientes! ¿Has oído decir alguna vez dónde guarda sus huevos?

—En el melonar, hacia el extremo que está más cerca de la pared, donde el sol da casi todo el día. Allí los escondió hace algunas semanas.

—¿Y no se te ocurrió que valía la pena de darme?... En el lado que está más cerca de la pared, hacia el extremo, dices?

—Rikki-tikki, ¿no se te antojará ahora ir allá á comerte sus huevos?

—No, á comerlos, precisamente, no. Darzee, si tienes pizca de sentido común, volarás ahora hacia el establo y fingirás que se te ha roto una ala, dejando que Nagaina te persiga hasta este arbusto. ¿Lo harás? Yo tengo que ir al melonar; pero, si fuera ahora, ella me vería.

Era Darzee una personilla de tan escaso seso que jamás pudo tener en la cabeza dos ideas al mismo tiempo; y precisamente porque sabía que los pequeñuelos de Nagaina nacían de huevos, lo mismo que los suyos, no creyó al principio que estuviera bien eso de matarlos. Pero su esposa era un pájaro discreto, y sabía que los huevos de cobra significan cobras pequeñas para dentro de algún tiempo; por lo tanto, saltó del nido y dejó que Darzee cuidara de conservar el calor de los chiquitines y continuara su canción sobre la muerte de Nag. Darzee se parecía extraordinariamente á un hombre en algunas de sus cosas.

Fué, pues, su hembra la que comenzó á revolotear por delante de Nagaina en el estercolero, gritando:

—¡Ay! Tengo una ala rota. El niño que vive en la casa me ha tirado una piedra y me la ha partido. Y dicho esto, púsose á aletear más desesperadamente que nunca.

Levantó la cabeza Nagaina y silbó estas palabras:

—Tú advertiste á Rikki-tikki el peligro que corría en ocasión en que yo hubiera podido matarla. La verdad es, pues, que has escogido mal sitio para venir á cojear. Y dirigióse hacia la esposa de Darzee, deslizándose por encima del polvo.

—El niño me la ha roto de una pedrada, chilló aquélla.

—¡Bueno! Sírvate de consuelo, para cuando estés muerta, el saber que yo le arreglaré después

las cuentas al muchacho. Mi marido yace esta mañana sobre el estercolero, pero, antes de que llegue la noche, el niño yacerá también en el más absoluto reposo. ¿De qué sirve que te escapes? Segura estoy de cogerte. ¡Tonta! ¡Mírame!

Era demasiado lista la esposa de Darzee para hacer tal cosa, porque el pájaro que fija los ojos en los de una serpiente se asusta tanto que queda como paralizado. La compañera de Darzee siguió revoloteando y piando dolorosamente, sin apartarse nunca del suelo, y Nagaina fué corriendo cada vez con mayor velocidad.

Oyólos Rikki-tikki seguir el caminillo que conducía del establo á la casa, y fuese entonces, apresuradamente, hacia la parte del melonar más cercana á la pared. Allí, en tibio lecho de paja, entre los melones, ocultos hábilmente, encontró veinticinco huevos, poco más ó menos del tamaño de los de una gallina de Bantam, pero cubiertos de una piel blanquecina, que hacía las veces de cáscara

—He llegado con gran oportunidad, dijo, porque á través de la piel veía ya dentro de los huevos las diminutas cobras enroscadas, y no ignoraba que, en el instante mismo de nacer, cada cobra de aquellas podía ya matar á un hombre ó á una mangusta. Mordió el extremo de los huevos con toda la rapidez posible, cuidando de aplastar á las cobras, y revolvió, de cuando en cuando y por todos lados, el lecho para ver si se le había quedado á medio romper algún huevo. Al fin, quedaron únicamente tres, y Rikki-tikki comenzaba á gozarse en su hazaña, cuando oyó que la esposa de Darzee le gritaba:

—Rikki-tikki, he llevado á Nagaina en dirección de la casa; y se ha metido en la galería; y ahora... ¡oh! ¡ven, corre!... va á matar á alguien.

Aplastó Rikki-tikki dos de los huevos y saltó del melonar hacia atrás con el tercero en la boca, corriendo en dirección á la galería tan aprisa como sus patas quisieron llevarla. Teddy, su madre y su padre se hallaban allí, sentados á la mesa para tomar el desayuno; pero Rikki-tikki

vió que nada comían. Dijérase que estaban petrificados, y su rostro era intensamente pálido. Nagaina, enroscada en forma de espiral sobre la estera, á poca distancia de la desnuda pierna de Teddy, se balanceaba, con aire triunfal.

—¡Hijo del hombre que mató á Nag! silbó, no te muevas. No estoy preparada aún. Espera un poco. No os mováis ninguno de vosotros. Al menor movimiento que hagáis os salto encima... y si no os movéis, también. ¡Oh, gente estúpida, que mató á mi Nag!...

Los ojos de Teddy estaban como clavados en su padre, y éste no podía hacer más que murmurar:

—Estate quieto, Teddy. Conviene que no te muevas. Estate quieto.

En aquel momento apareció Rikki-tikki, y grito:

—¡Vuélvete, Nagaina, vuélvete y ven á batirte conmigo!

—Cada cosa á su tiempo, contestó aquélla, sin mover los ojos. Ya arreglaré cuentas *contigo* de aquí á un rato. Mira á tus amigos, Rikki-tikki: ahí los tiene inmóviles y pálidos. Es que me temen. No se atreven á moverse, y si llegas á dar un paso más hacia mí, salto y les muerdo.

—Da una ojeada á tus huevos, dijo Rikki-tikki; allá en el melonar, junto á la pared. Anda y míralos, Nagaina.

Volvióse á medias la enorme serpiente y vió el huevo sobre el suelo de la galería.

—¡Ah! ¡Dámelo! dijo.

Puso Rikki-tikki sus patas una á cada lado del huevo, y con los ojos inyectados, contestó:

—¿Cuánto me dan por un huevo de serpiente? ¿Por una cobra chiquita? ¿Por una cobra de rey, menudita? ¿Por la última, la última de una nidada? Las hormigas se están ya comiendo á las otras allá en el melonar.

Volvióse entonces en redondo Nagaina, olvidándose de todo por aquel único huevo; y Rikki-tikki vió como el padre de Teddy alargaba su fuerte y ancha mano, cogía al niño por un hombro, y, levantándolo por encima de la mesita y de

las tazas de te, lo ponía fuera del alcance de Nagaina.

—¡Te he engañado! ¡Te he engañado! ¡Te he engañado! *Rikk-tick-tick*, dijo Rikki-tikki riendo. El niño se ha salvado, y yo... ¡yo!... ¡yo!... soy la que cogí ayer noche por la capucha á Nag en el cuarto de baño.

Entonces comenzó á dar saltos, con las cuatro patas á la vez y baja la cabeza, al ras del suelo casi.

—Me tiró por todos lados; pero no logró desprenderse de mí. Ya estaba muerta antes de que viniera el hombre grueso á hacerla pedazos. Yo lo hice. *Rikki-tikki-tick-tick!* ¡Anda, ven, pues, Nagaina! ¡Ven á luchar conmigo! Te aseguro que no te durará mucho el ser viuda.

Vió Nagaina que había perdido la ocasión oportuna de matar á Teddy, y entre tanto, el huevo continuaba en el suelo, entre las patas de Rikki-tikki.

—Dame el huevo, le dijo. Dame el último que queda de mis huevos, y me marcharé, y no volveré nunca más. Y al decirlo bajaba la capucha.

—Sí, te irás y no volverás nunca más, porque has de ir á parar al estercolero con Nag. ¡Defiéndete, viuda! El hombre grueso ha ido ya á buscar la escopeta. ¡Defiéndete!

Rikki-tikki saltaba alrededor de Nagaina, procurando únicamente mantenerse fuera del alcance de sus golpes, los ojillos reluciéndole como dos ascuas. Replegóse Nagaina sobre si misma y se lanzó contra ella. Rikki-tikki saltó en el aire, echándose hacia atrás. Una y otra vez atacó la serpiente, y su cabeza dió con sordo ruido contra la estera de la galería, enroscándose luego el cuerpo como la espiral de un reloj. Entonces, púsose á saltar Rikki-tikki, describiendo círculos para llegar á colocarse detrás de Nagaina, y ésta gritaba en redondo para que su cabeza y la de su enemiga quedaran siempre frente á frente, con lo cual el ruido que sobre la estera producía su cola era como el de las hojas secas arrastradas por el viento.

No se acordaba ya del huevo. Allí quedaba aún sobre el suelo de la galería y Nagaina iba acercándose más á él, hasta que, al fin, mientras Rikki-tikki se detenía para tomar aliento, lo cogió en la boca, volvióse hacia los escalones que daban acceso á la galería, y se lanzó como una flecha al estrecho caminillo, perseguida por Rikki-tikki. Cuando una cobra huye para salvar su vida en peligro, parece la punta de un látigo en el momento en que el carretero la hace chasquear sobre el caballo.

No se le ocultaba á Rikki-tikki que no tenía, entonces, más remedio que coger á la serpiente, porque de lo contrario, todo su trabajo habría sido inútil y tendría que volver á empezarlo. Dirigióse aquella, en línea recta, hacia la yerba alta que crecía junto al espino, y al pasar corriendo oyó Rikki-tikki á Darzee que entonaba aún su estúpido himno triunfal. Pero la esposa de Darzee era más discreta que él. Arrojóse del nido en el instante mismo de pasar Nagaina, y empezó á revolotear sobre la cabeza de la serpiente. Si Darzee hubiera prestado también su ayuda hubiera sido posible que la hicieran retroceder; pero entonces no hizo Nagaina más que bajar su capucha y seguir adelante. Sin embargo, el momento que perdió al hacer esto permitió á Rikki-tikki acercarse más, y cuando la fugitiva se metió en la madriguera, semejante á la boca de un nido de ratas, en que ella y Nag solían vivir, los blancos dientes de su perseguidora se clavaron en la cola de Nagaina, y ambas entraron juntas en la madriguera... cosa que ninguna mangusta por vieja y lista que sea, se atreve á hacer. En el agujero aquel reinaba completa oscuridad, y Rikki-tikki no sabía si se ensancharía de pronto, ofreciendo á Nagaina el espacio necesario para revolverse y morderla. Aguantó firme, y clavó las patas en el suelo para que hicieran de freno en la oscura pendiente de aquella tibia y húmeda tierra.

Luego, la hierba que crecía á la entrada del agujero, dejó ya de moverse, y Darzee dijo:

—Todo ha terminado para Rikki-tikki. Entone-

mos himnos á su muerte. La valiente Rikki-tikki ha muerto! Porque no hay duda que Nagaina la matará allí, bajo tierra.

Así, pues, púsose á cantar una triste melodía que improvisó inspirado por la impresión del momento, y precisamente cuando llegaba á la parte más patética, movióse otra vez la yerba, y Rikki-tikki, cubierta de polvo, se arrastró pausadamente fuera del agujero, relamiéndose los bigotes. Darzee callóse en seguida, dando un grito. Sacudióse un poco el polvo Rikki-tikki, y estornudó.

—Todo ha terminado, dijo. Nunca más saldrá ya de aquí la viuda.

Y las hormigas rojas que viven entre los tallos de la yerba la oyeron, y comenzaron á ir en largas hileras á ver si era verdad lo que decía.

Rikki-tikki se enroscó sobre la yerba., y durmió, durmió hasta muy entrada la tarde, porque bien pesada había sido su labor aquel día.

—Ahora, dijo al despertarse, volveré á la casa. ¡Darzee! Cuéntale al *calderero* lo ocurrido, y él le contará, después, á todo el jardín que Nagaina ha muerto.

○ El *calderero* es un pájaro que produce un ruido semejante, de todo punto, al de un martillo que pegara sobre un caldero de cobre; y el motivo de que esté produciéndolo constantemente es porque él es el pregonero de todo jardín indio, y le cuenta las últimas noticias á quien quiera oírlas. Al pasar Rikki-tikki por el caminito que conducía á la casa oyó sus notas de ¡*alerta!* parecidas á la de un diminuto *gongo* (1) de los que sirven para anunciar la hora de la comida; y después el acompasado ¡*din-don-tock!* «Nag ha muerto... ¡*don!*» «Nagaina ha muerto... *din-don-tock!*»

Al oírlo, todos los pájaros del jardín prorrumpieron en cantos, y las ranas siguieron su ejemplo; porque Nag y Nagaina no solo tenían la costumbre de comer pájaros, sino ranas también.

---

*Gongo.*—Es un platillo de bronce como los que usa la banda. Se toca con un bolillo como los tambores. Se usa mucho á bordo, y en las casas y hoteles norteamericanos é ingleses.

Cuando llegó Rikki-tikki á la casa de Teddy, su madre (la cual estaba aún muy pálida, porque se había desmayado), y el padre, salieron y casi derramaron sobre ella lágrimas de agradecimiento; y aquella noche comió cuanto le dieron hasta que ya no pudo más, y entonces, llevada por Teddy sobre el hombro, fuese á la cama. Allí la halló la madre del niño, cuando á última hora fué á verlo dormir.

—Ha salvado nuestra vida y la de Teddy, le dijo á su marido. ¡Figúrate! Nos ha salvado la vida á todos.

Rikki-tikki despertó entonces sobresaltada, porque todas las mangustas tienen muy ligero el sueño.

—¡Ah! ¿Sois vosotros? ¿A qué venís á molestarme? Todas las cobras están ya muertas; y si alguna quedara, para eso estoy yo aquí.

Tenía Rikki-tikki derecho á sentirse orgullosa de sí misma; pero no se ensoberbeció más de lo justo, y conservó el jardín como debe hacerlo una mangusta, defendiéndolo con los dientes, y á saltos, y de todos modos, hasta lograr que ni una sola cobra se atreviera á asomar la cabeza en el recinto cercado por la cuatro paredes.

(De *The Jungle Book*.)

## WILLIAM JAMES

(Norteamericano. Profesor de Psicología (1) en la famosa Universidad de Harvard, cerca de Nueva York. Entre los psicólogos contemporáneos, James es muy conocido por sus «Principios de Psicología,» «Breve curso de Psicología» y «Ensayos de Filosofía popular.» También es el autor de «Los ideales de la vida» para jóvenes y maestros, una serie de conferencias de Psicología con aplicaciones prácticas, concretas y populares, á la Moral y á la Enseñanza. Estas conferencias las dió por primera vez delante de un grupo de maestros de Cambridge, en Massachusetts, Estados Unidos. Entre ellas, la que nuestros lectores verán enseguida es una de las más interesantes.)

### La costumbre y sus leyes

Es esencial que el profesor se dé cuenta de la importancia que tiene la costumbre y la Psicología debe servirle para esto. Es verdad que hablamos de buenas y malas costumbres, pero cuando aplicamos la palabra costumbre generalmente nos referimos á una mala costumbre, pues á nadie se le ocurre decir: «la costumbre de ser sobrio ó de tener templanza», y sí decir la costumbre de embriagarse ó de fumar. Sin embargo, nuestras virtudes son costumbres ni más ni menos que nuestros vicios. Toda nuestra vida, en cuanto tiene una forma definida, es solamente un cúmulo de costumbres prácticas, emocionales é intelectuales (2)—organizadas sistemáticamente para nuestro provecho ó para nuestro daño,—las cuales nos impulsan irresistiblemente hacia lo que constituye nuestro destino.

Como quiera que los escolares pueden comprender esto en una edad relativamente muy tierna, y como *el haberlo comprendido contribuye en gran medida á que se desarrolle en ellos el sentimiento de la responsabilidad*, convendría que el maestro estuviese en condiciones de hablarles de la costumbre, tal como trato yo de hacerlo ahora con vosotros.

---

(1) Es la ciencia que trata de explicar el conjunto de fenómenos conocido generalmente con el nombre de *alma*.

(2) Es decir, costumbres que se relacionan con los sentimientos (emocionales) ó con la inteligencia (intelectuales).

Yo creo que por el hecho de poseer un cuerpo, nos hallamos sometidos á las leyes de la costumbre. La plasticidad (1) de la materia viva de nuestro sistema nervioso es la razón de que hagamos con dificultad una cosa por vez primera, y siempre con mayor facilidad las veces sucesivas, y al cabo, ya lograda cierta práctica, casi mecánicamente y como sin conciencia de ello. Nuestro sistema nervioso se ha desarrollado en el sentido de su ejercicio, del mismo modo que un pliego de papel ó un traje que han estado doblados en cierto sentido, tienden siempre, apenas se ofrece la ocasión, á adoptar el mismo dobléz.

La costumbre es una segunda naturaleza, ó mejor, como dice Lord Wellington (2), es «diez veces la naturaleza», á lo menos por la importancia que tiene en la vida de los adultos, puesto que *nuestras costumbres adquiridas absorben y destruyen la mayor parte de nuestras tendencias impulsivas*. El noventa y nueve por ciento ó, si se quiere, el novecientos noventa y nueve por mil de nuestra actividad es cosa puramente automática (mecánica) y habitual, desde que nos levantamos por la mañana hasta que nos acostamos por la noche. El vestirse y el desnudarse, el comer y el beber, el saludar, el quitarse el sombrero y ceder la preferencia á las señoras, el mayor número de locuciones (frases), son cosas que á fuerza de repetición se han determinado de un modo muy sólido. Para cada clase de impresión tenemos dispuesta una contestación automática. Las palabras que oís ahora son ejemplo de esto: la circunstancia de haber ya dado una conferencia sobre la costumbre y de haber escrito sobre el mismo tema un capítulo de un libro y haberlo leído una vez impreso, hace que ahora mi lengua incida (incurra) inevitablemente en las viejas

---

(1) *Materia plástica*.—Es una materia que se deja moldear fácilmente.

(2) General de la nobleza de Inglaterra. Vivió en las primeras décadas del siglo XIX. Fué el enemigo más terrible que tuvo Napoleón Bonaparte, á quien combatió en España y Bélgica y venció en Watterloo.

frases que han llegado á serme habituales, y que vaya repitiendo lo propio que tengo dicho.

Por lo mismo que somos simples fases de hábitos ó costumbres, somos criaturas estereotípicas (1), imitadoras y copiadoras de nuestro *Yo* pasado. De aquí se sigue que la *preocupación esencial del maestro debe ser el engranar en el niño la serie de costumbres que puede serle más útil en el curso de la vida*. La educación atiende á la conducta, y las costumbres son la sustancia de que se alimenta la conducta.

Lo más importante en la educación es el procurar que *nuestro sistema nervioso sea nuestro aliado y no nuestro enemigo*. Es preciso hacerse un fondo de caja, de adquisiciones, capitalizarlas y después vivir cómodamente de los intereses del capital. *Con este objeto, debemos convertir en automáticas y habituales, cuanto antes, el mayor número de acciones útiles que podamos*, y procurar no adquirir hábitos que puedan sernos perjudiciales. Cuanto mayor sea el número de particularidades de la vida de cada día que podamos confiar á la custodia, que nada cuesta, del automatismo, tanto más la potencialidad más elevada de nuestra mente se hallará en libertad de dedicarse á lo que es su propia labor. No hay más digno de compasión que el que carece absolutamente de hábitos, todo él indecisión, que no acierta á encender un cigarro, ni tragar una bebida, ni consigue acostarse ó levantarse, sin un mandato especial de la voluntad. Una buena parte de la vida de un hombre semejante piérdese en indecisiones y lamentaciones sobre cosas que debieran ya es-

---

(1) En tipografía, una plancha *estereotípica* es aquella que sirve para reproducir una serie de copias sin nueva composición de los tipos. La criatura humana se reproduce á sí misma perpetuamente, siempre es idéntica á sí misma. Por sus acciones se le reconoce siempre. No puede ser hoy una y mañana otra completamente distinta, «somos criaturas estereotípicas, imitadoras y copiadoras de nuestro yo,» por la organización de nuestros hábitos, por nuestras tendencias, etc. etc. En tal caso, *estereotípicas*—de *stereos* firme, duro, resistente—significa de caracteres fijos que se reproducen siempre como las copias de una plancha estereotipada, convertida en cuerpo firme.

tar engranadas en su naturaleza y no existir prácticamente para su conciencia. Si mis oyentes no tienen bien engranados tales deberes, empiecen á ponerlos en esta condición desde luego. En el capítulo que el profesor Bain (1) dedica á «Las costumbres morales» he leído algunos datos prácticos de gran valor, de los cuales surgen dos máximas principales.

La primera es que para adquirir una costumbre nueva ó para abandonar una mala costumbre debemos *lanzarnos con toda la iniciativa de que seamos capaces*. Acumulad todas las circunstancias que puedan reforzar el motivo justo; poneos asiduamente en las condiciones que os animen en la nueva dirección; adoptad nuevos empeños incompatibles con el antiguo; si conviene, haced público el empeño en que os habéis colocado; en una palabra: apoyad vuestra resolución con todos los auxilios de que seáis capaces. Esto dará tal peso á vuestra renovación que la tentación de volver atrás tardará en presentarse y cuanto más tarde, más probabilidades hay de resistirla.

Recuerdo haber leído en un diario austriaco un aviso de cierto Rodolfo X, en el que ofrecía 50 florines (2) de regalo al que después de la fecha del aviso le encontrase en la posada de Ambrosio Y. «Hago esto—terminaba el aviso—para cumplir una promesa que he hecho á mi mujer.» Con una mujer semejante y con esta manera de conseguir nuevas costumbres, se podría apostar casi con seguridad por el éxito del amigo Rodolfo.

La segunda máxima, es: *No toleréis una sola excepción, mientras la nueva costumbre no esté bien arraigada en vuestra vida*. La continuidad del ejercicio es lo que hace que el sistema nervioso actúe rectamente. Por esto dice el profesor Bain:

«La peculiaridad de las costumbres morales por

---

(1) Bain Alejandro, eminente Profesor de Lógica en la Universidad de Aberdeen, Escocia. En la Pedagogía es conocido por su «Ciencia de la Educación.»

(2) Moneda austriaca. 50 florines equivalen próximamente 54 colones.

la cual se distinguen de las adquisiciones intelectuales, es la presencia de dos potencias hostiles, una de las cuales debe gradualmente imponerse á la otra. Importa en grado máximo, en tal situación, no perder una sola batalla. Una ventaja, la más leve, del bando malo, contrasta el efecto de muchas conquistas del lado bueno. La precaución esencial consiste, pues, en regular las dos potencias opuestas de modo que la una tenga una serie no interrumpida de buenas fortunas, hasta que la repetición la haya reforzado hasta el punto de que pueda luchar con la potencia adversa en cualquier circunstancia. Este es teóricamente el mejor camino del proceso mental.

Una tercera máxima débese añadir: *Aprovechad la primera oportunidad que encontréis de obrar con arreglo á la resolución tomada, y seguid cualquier estímulo emocional que advirtáis en el sentido de las costumbres que deséais adquirir.* No es, en efecto, en el momento de formarse, sino en el momento en que produzcan efectos motores, cuando las resoluciones y aspiraciones imprimen la nueva disposición en el cerebro.

Aun cuando esté llena de máximas la mente, aun cuando sean excelentes los sentimientos, si el individuo no ha sabido aprovechar para obrar ninguna oportunidad concreta, no conseguirá, de seguro, que mejore su carácter. Ya dice el proverbio que el infierno está empedrado de buenas intenciones. «Un carácter—como dice Stuart Mill (1)—es una voluntad completamente acostumbrada»; y una voluntad, en el sentido que él entiende esta palabra, es una agregación de impulsos de obrar de una manera firme, pronta y exacta, en todas las principales ocasiones de la vida. Una tendencia á obrar se adapta á nosotros solamente en proporción de la frecuencia no interrumpida con que se suceden las acciones y el cerebro se adapta á ellas. El consentir que una resolución ó un ardor de sentimiento se desvanezcan sin ob-

---

(1) Juan Stuart Mill. Filósofo y economista inglés. Vivió de 1806 á 1873.

tener efectos prácticos, es cosa mucho peor que desaprovechar una buena ocasión, pues semejante consentimiento contribuye á impedir que las emociones y las resoluciones futuras sigan su vida normal de realización y éxito. No existe ser humano más despreciable que el sentimental enervado y el soñador que diluye su propia vida en un mar de sensiblerías sin realizar jamás una empresa concreta.

Esto se relaciona con una cuarta máxima: *No prediquéis demasiado á vuestros alumnos: no prodiguéis los discursos abstractos.* Esperad sobre todo la oportunidad práctica; agarraos á ella cuando pase, y así, en un solo acto, conseguís que vuestro niño piense, sienta y obre. Los golpes directos á la conducta crean la nueva disposición del carácter y hacen de las costumbres nuevas un tejido orgánico. Predicar y relatar demasiado se reduce á una fatiga inútil.

En la breve autobiografía de Darwin (1) existe un pasaje citado con gran frecuencia, pero que, como encaja exactamente en lo que llevo dicho sobre la costumbre, quiero citarlo una vez más:

«Hasta la edad de treinta años todos los géneros de poesía me proporcionaban un placer extraordinario; y ya cuando iba á la escuela gozaba intensamente con los dramas de Shakespeare, en particular con los que tenían un argumento histórico. La pintura también me proporcionaba grandes satisfacciones y la música me arrebatava. Ahora, en cambio, y de esto hace ya muchos años, no puedo leer un verso. Recientemente he intentado leer á Shakespeare y lo he encontrado estúpido hasta un punto intolerable, y me ha dado hastío. Del mismo modo, he perdido el gusto de la música y de la pintura. No parece sino que mi mente se ha convertido en una máquina que sólo sirve para deducir de los hechos, leyes generales; pero no acierto á concebir cómo esto puede haber

---

(1) Carlos Darwin. Famoso naturalista inglés. Vivió de 1809 á 1882. Pronto daremos á conocer las partes más interesantes de su «Autobiografía» y extractos de sus obras científicas.

determinado la atrofia (1) de aquella parte del cerebro de que dependen los gustos más elevados... Si tuviese que volver á vivir mi vida, impondríasme como regla de conducta el leer alguna poesía y escuchar un poco de música á lo menos una vez por semana, pues así tal vez la costumbre mantendría la vitalidad en aquellas porciones de mi cerebro que se han atrofiado. La pérdida de estos gustos es una pérdida de felicidad y quizás pueda perjudicar á la inteligencia: más bien debe dañar al carácter moral, debilitando la parte emocional de nuestra naturaleza.»

Mientras somos jóvenes cualquiera de nosotros cree poder llegar á ser todo lo que puede ser un hombre. Deseamos y creemos poder gozar siempre con la poesía; que cada día seremos más inteligentes en pintura y en música; que llegaremos á comprender las ideas espirituales y religiosas, y en fin, que no dejaremos que los grandes pensamientos filosóficos de la época pasen por fuera de nuestra vida. Todo esto creemos durante la juventud, y sin embargo, ¿cuántos hombres y cuántas mujeres, en la edad adulta, han realizado esta esperanza buena y honrada? Ciertamente, muy pocos, y las leyes de la costumbre nos indican la razón. En un momento dado se despierta en nosotros el interés por alguna de estas cosas, pero si no es pertinazmente alimentado, en vez de convertirse en hábito poderoso y necesario, se atrofia y muere, cortado de raíz por los intereses rivales fomentados diariamente. Hacemos ni más ni menos que Darwin. Ya decimos, ya, en abstracto: «Quiero divertirme con la poesía, quiero firmemente mantener mi gusto por la música, leer los libros que imprimirán una nueva dirección al pensamiento de mi época, mantener viva mi porción espiritual más elevada, etc., etc.» Pero no tomamos estas resoluciones de un modo concreto, y no empezamos hoy. Parece que pre-

---

(1) *Atrofia*.—*A*-sin-*trofhe* gr. alimentar—*sin* alimentación. De allí las aplicaciones posteriores: inteligencia atrofiada, no alimentada, degenerada por excesos de cualquier clase.

tendemos desmentir que todos los bienes que valen la pena de ser poseídos, deben ser pagados con un esfuerzo continuado. Lo dejamos para más tarde y muy pronto se desvanece hasta la posibilidad de hacerlo. ¡Y pensar que diez minutos diarios de poesía, de lectura ó de meditación, una hora ó dos de música, de pintura, de filosofía, por semana—mientras que empezásemos enseguida—nos daría infaliblemente, á su tiempo, la plenitud de lo que deseamos! No cuidando de realizar la tarea concreta necesaria, sustrayéndonos á la insignificante fatiga de todos los días, estamos cavando la tumba de nuestras potencialidades más elevadas. Èste es un punto acerca del cual, vosotros maestros, debéis reclamar repetidamente la atención de vuestros alumnos más antiguos que muestren aspiraciones más elevadas.

Según que una función se ejercite diariamente ó no, el individuo resulta un ser indiferente en la vida ulterior. Recientemente recibimos en Cambridge la visita de varios indios cultos con quienes hablamos libremente de la filosofía y de la vida. Más de uno de ellos me ha dicho en confianza que la vista de nuestros rostros contraídos por la hipertensión (1) y la intensidad de la expresión propia de los norteamericanos, y nuestras actitudes contorsionadas y sin gracia cuando estamos sentados, le producían una impresión muy penosa. «Yo no comprendo—me decía uno de ellos—cómo podéis vivir de esta manera, sin conceder deliberadamente ni un solo minuto á la meditación y á la tranquilidad en todo el día. Es una cosa común é invariable en nuestra vida de la India el permanecer retirados durante una media hora por lo menos todos los días, en la soledad, en el silencio, relajando todos los músculos, respirando rítmicamente y meditando en las verdades eternas. Todos los niños indios se acostumbran á esto desde los primeros días de su vida.» Los buenos frutos

---

(1) En palabras como hipertensión, hiperactividad, hiperexpresión, etc., la forma *hiper* indica que la tensión, la actividad y la expresión han salido de sus límites naturales.

de una disciplina semejante resultaban evidentes observando la falta de tensión, la maravillosa dulzura, la calma de la expresión del rostro y la imperturbabilidad de las maneras de aquellos orientales. Comprendí entonces que mis paisanos se están privando de una gracia esencial del carácter. ¿Cuántos niños americanos se han oído aconsejar por sus padres y por sus maestros que moderen su voz estridente, que relajen los músculos cuando no se sirven de ellos y que, en lo posible, se abandonen cuando están sentados? Ni siquiera el uno por mil, ni el uno por cien mil tal vez. Y, sin embargo, por la influencia refleja que tiene sobre nuestros estados mentales interiores, esta incesante hipertensión, hiperactividad, hiperepresión, están elaborando el daño de nuestra nación de un modo terrible.

Os ruego, maestros, que reflexionéis seriamente sobre esta cuestión. Quizás os está confiado el ayudar á la generación americana que surge, á tener una nueva y mejor forma de ideales personales.

Volviendo ahora á nuestras máximas generales, puedo prescribiros como quinta y última, la siguiente: *Mantener viva en vosotros la facultad del esfuerzo mediante un pequeño ejercicio diario.* Esto quiere decir: sed sistemáticamente heroicos todos los días en las pequeñas cosas no necesarias, haced uno ó dos días alguna cosa por la sola razón de que es difícil y de que preferiríais no hacerla, y así cuando suene la hora del peligro ó de la necesidad os encontraré animosos y dispuestos. Un ascetismo de esta naturaleza se parece al seguro que uno paga por su casa y por sus bienes. Pagar el premio no le gusta y es posible que jamás le sea útil, pero si ocurre que el fuego le destruye la casa, el haber pagado le salvará de la ruina. Y lo mismo pasa al hombre que se ha acostumbrado cada día á concentrar su atención, á querer enérgicamente, á privarse de lo superfluo. En medio del ciclón estará sólido como una torre mientras á su alrededor todo se derrumbará, sus compañeros de desgracia serán arrebatados como la paja del grano que se cierne.

El infierno de que habla la Teología, no es peor que el infierno que nos creamos en nuestra vida, dejando que nuestro carácter adopte una mala forma. Si los jóvenes se hicieran cargo de lo muy pronto que las acciones se trasforman en costumbres, prestarían más atención á su conducta mientras se hallan en la edad plástica. Nosotros mismos engendramos nuestros destinos buenos ó malos. Nada se pierde: cada pequeño rasgo de virtud ó de vicio deja su huella nunca demasiado leve. El borracho Rip Van Winkle de la comedia de Jefferson, á cada nueva recaída en su vicio predilecto, se excusa exclamando: «¡Esta vez no se cuenta!» Está muy bien: él puede no contarla aquella vez, un cielo benigno puede tampoco contarla; pero resulta contada de todos modos, porque, en el fondo, entre sus células y sus fibras nerviosas, las moléculas la cuentan, la registran y la almacenan para servirse de ella contra él á la primera ocasión en que la tentación se reproduzca. Nada de lo que hacemos queda á un lado en el sentido literal de la palabra.

Naturalmente esto tiene su punto de vista malo y su punto de vista bueno. Del mismo modo que se llega á borracho por una serie de medidas separadas, se llega á santo en moral, y á autoridad en lo científico gracias á muchas obras y trabajos separados. Ningún joven debe dudar del éxito final de su educación en cualquier situación en que se encuentre. Si se aplica con fe durante todas las horas laborables del día puede estar seguro del resultado, puede tener la certeza de des-pertarse un día siendo uno de los competentes de su generación en la facultad que haya escogido. Silenciosamente, entre todos los detalles de sus tareas, *la facultad de formar juicio* en la materia de que se ocupe se habrá elaborado por sí misma como una propiedad que nunca más se pierde. Los jóvenes deben tener desde luego noción de esta verdad, pues el ignorarla ha sido probablemente lo que más que otra causa alguna ha engendrado el descorazonamiento en muchos jóve-

nes que habían emprendido carreras arduas y difíciles.

(De *Los ideales de la vida.*)

---

## BUFFON

Juan Luis Buffon: 1707 á 1788  
Naturalista, filósofo y brillante escritor francés

### Desvío

Quién sabe hasta qué punto podrá el hombre perfeccionar su naturaleza ya en lo moral, ya en lo físico? Existe nación alguna que pueda vanagloriarse de haber llegado al mejor gobierno posible, que sería el que hiciera á todos los hombres, no igualmente felices, pero sí menos desigualmente desdichados; á un gobierno que vigilara por la conservación de los individuos, ahorrando su sangre y sudores por la paz, por la abundancia de subsistencias, por las comodidades de la vida y las facilidades para propagarla? He aquí el propósito moral de toda sociedad que tratara de mejorarse. Y en cuanto á la perfección de nuestra naturaleza física, la medicina y las otras artes cuyo objeto es conservarnos, se hallan tan avanzadas y conocidas como las artes destructoras producidas por la guerra?

Parece que en todo tiempo el hombre haya reflexionado más para el mal que para el bien: toda sociedad es una mezcla del uno y del otro; y como de todos los sentimientos que afectan á la multitud, el temor es el más poderoso, los grandes genios del mal han sido los primeros que han impresionado la mente humana; enseguida han ocupado el corazón del hombre aquellos que lo han divertido; y solamente después de un largo uso de la gloria falsa y del placer estéril, el hombre ha concluido por reconocer que su verdadera gloria está en la ciencia, y en la paz su verdadera dicha.

(De *Les Epoque de la Nature*)

complacerlas. Sin embargo, si el número de solicitantes llega á 300 por lo menos, haré una reimpresión de dicho n.º 1.

10.—Los suscritores que por algún motivo piensan cambiar de residencia en los meses de verano (diciembre á marzo) deben indicar al Editor adonde se les envía los ejemplares que corresponden á esa época.

11.—Ofrecemos hoy el retrato de *Kipling*. En adelante haremos lo mismo con otros autores, siempre que sea posible. Probablemente después amenizaremos la *Colección* con reproducciones de cuadros de arte famosos y sugestivos.

12.—Ruego á los lectores que revisen el n.º 1 de *ARIEL* y en la página 8, renglón 14, borren la palabra *una cesta* y sustitúyanla por *un arriate*; en la pág. 21, renglón 1, borren *latitud* y pongan *longitud*. De este modo la exactitud de la traducción ganará mucho. La obra que cité de Reclus es «El hombre y La tierra» y no «La tierra y el hombre», como distraidamente puse dos veces.

EL EDITOR

---

## PEQUEÑA CORRESPONDENCIA

Sres. G. R. F., en Cartago.—R. V. M., en Grecia.—I. F., en Desamparados.—A. S., en Esparta.—A. F. y V. M., en Golfo Dulce.—Sta. E. D. P., en San Ramón.—S. S. S., muelle de San Carlos y Sta. L. F. en San José. Recibí abono anual.

Sres. N. M., L. Ch., S. S., R. A., J. R. Ch., J. B. C., J. R. M., J. R. S. y G. M. en San José.—J. J. J., en Guadalupe.—Stas. E. S. y L. S. V., en Heredia.—Sres. F. F., T. U. y Sta. M. M. en S. Marcos de Tarrazú.—Sres. A. Arr., A. Alf. A. Ac. R. A., J. A., E. C. F., Dr. M. C., C. C., E. C., L. F. R., J. H., L. H., J. O., M. R., B. R., A. S. h.,

E. S., y Señorita I. A., en Alajuela. Recibí abono semestral.

Font y Ca, San José.—R. C., Tres Ríos.—F. M. N., Santo Domingo de Heredia.—A. V. P., Naranjo.—A. P., San Marcos.—R. U., y R. A. A., Cartago.—C. C. F., Alajuela.—T. P. y T. R., Desamparados. Recibí abono de números sueltos.

V. M. C., Poás y R. G., Paraíso, recibí estampillas.

M. B., San José. Recibí su ayuda de ¢ 1-00 para la *Biblioteca*.

A todos gracias.

J. G. M.

---

## PROXIMAMENTE

*Efectos perniciosos del Alcohol*, de César Lombroso. (Envío de don A. Alfaro).

*Mi padre en la vida cotidiana*, de Paula Lombroso.

*Oda olímpica*, de J. Santos Chocano.

*Nausicaa*, de Homero.

*El gato negro*, de E. Allen Poe (con retrato).

*La mujer muerta*.—*Gabriel Grub*, de C. Dickens (con retrato).

*Los camellos*, de G. Valencia.

*La impunidad del grupo*, de G. Palante.

*Hay hombres honrados?*, de P. Dorado.

*El Darwinismo social. La propiedad*, de A. Loria.

*La faja atigrada*, de Conan Doyle.

*El triunfo de Ariel*, de J. Enrique Rodó.

*Los perros Jaros*, de Rudyard Kipling, etc. etc.

---